Entre los acervos públicos se cuentan el *Archivo General de Estado de Nuevo León* (AGENL); la *Biblioteca*, *Hemeroteca* y *Fototeca* del mismo *AGENL* -probablemente el acervo más sustancioso que se haya encontrado-; la *Hemeroteca*, *Biblioteca* y *Sala de Historia* de la *Capilla Alfonsina de la Universidad Autónoma de Nuevo León* (UANL); el *Archivo del Registro Público de la Propiedad en Monterrey*; el *Archivo de Notarías de Monterrey*; el *Archivo del Congreso del Estado de Nuevo León*; el *Archivo Municipal de Monterrey; Archivo General de la Nación* (AGN); la *Hemeroteca del AGN*; la *Hemeroteca Nacional*; y la *Biblioteca del Colegio de México.*

Los archivos privados son esencialmente cinco: el *Archivo* personal de *Venustiano Carranza* (AVC); el *Archivo del general Pablo González Garza*; el *Archivo del general Bernardo Reyes*; el archivo del periódico *El Porvenir* en Monterrey; y la *Fototeca del ITESM*, que reúne los archivos fotográficos de *Jesús Sandoval y Lagrange*.

PARTE I

REYISMO CONTRA TREVIÑISMO, 1909-1914

CAPITULO 1

La caída del procónsul

La revolución es de principios...

Las revoluciones para triunfar de un modo defiinitivo necesitan ser implacables. Revolución que transa, se suicida.

Venustiano Carranza

Estamos en un mundo donde las esencias primarias y virginales siempre gritan y se mueven queriendo organizarse de otro modo.

Estamos en un mundo de ráfagas, de vientos arremolinados, que se levantan en tromba, sacuden los árboles y empujan al hombre hacia rutas desconocidas. Es un mundo de agonía, de lucha. De tránsito, de espera. Algo va a nacer. Es un mundo de sombra y de alborada.

León Felipe, 1884-1968

El 18 de octubre de 1909 el benemérito general Bernardo Reyes, mandatario del estado de Nuevo León -casi ininterrumpidamente desde 1885-, recibió la orden terminante del presidente Porfirio Díaz de renunciar a la gubernatura.

Su presencia fue requerida de forma inmediata en la ciudad de México. La reacción del procónsul ante la noticia fue sencilla y sin provocación. Contestó el telegrama de enterado sin titubear, dando así una muestra más de fidelidad al caudillo.

Como siempre desde casi treinta años atrás estampó su firma con la mano izquierda. Rasgo que tenía su origen en la casi inamovilidad del brazo derecho a causa de las heridas sufridas en una de tantas refriegas que llenaron su hoja de servicio.

El grupo de los "científicos" había logrado influenciar por fin al viejo dictador sobre la peligrosidad del gobernador norteño en la ansiada perpetuación del régimen. Aquéllos, no conformes con las últimas

desgracias de éste, hicieron sentir "todo el peso -mencionaría posteriormente el reyista de hueso colorado José López Portillo y Rojas- de su poder y su venganza"[1] . Este acontecimiento ocurrido en Monterrey, marcó el inicio de un importante giro no sólo en la vida política nacional, sino en el devenir cotidiano de la urbe mejor conocida como la ciudad de las "industrias de fuego".

HISTORIA DE UNA VIEJA RENCILLA

A) *La labor de Bernardo Reyes en el Noreste*

El arraigo del jaliciense en la frontera norte era fruto de una larga y sinuosa historia. En 1885, emergiendo de la polvadera que ocasionó el trepidar de los cascos sobre el suelo árido del noreste, la población regiomontana observó pasiva más no sin murmuraciones, la entrada a la capital -de la que alguna vez fuera del Nuevo Reino de León- del décimo regimiento federal al mando de un altivo brigadier de treinta y seis años de edad. Las instrucciones que traía Bernardo Reyes eran sumamente precisas. Acabar de una vez por todas con el cacigazgo Treviño-Naranjo, y someter a este rincón del país al proceso nacional de pacificación desarrollado por el nuevo régimen.

Esto no era nada nuevo para el joven general. Su carta de presentación era impecable. De menos edad que cualquier cacique militar de esta región, pertenecía a una generación cuya experiencia se basó en la participación activa en las diversas luchas intestinas por las que atravesó el país. El sofocar insurrecciones por órdenes del centro se había vuelto su especialidad. Iniciado en la carrera de las armas contra el imperio francés, continuó con la espada desenvainada en sinuosas campañas desde Sinaloa a Michoacán y posteriormente en Tamaulipas. Pacificador de la Huasteca potosina y, en los últimos años, jefe militar de los estados fronterizos del noroeste, irrumpía por primera ocasión en Monterrey.

Los vicios capitales de esta población eran el desorden político-administrativo y el continuo agotamiento de la hacienda pública[2]. La mano de hierro no se hizo esperar.

Ante el asombro del cacique regional Gerónimo Treviño, la impetuosidad del recién llegado lo colocó rápidamente en una posición de ventaja frente a aquél. Fortalecido prematuramente en base a la distribución estratégica de sus efectivos militares en toda la ciudad, pasó

posteriormente sin mayor problema al desconocimiento del gobernante electo Genaro Garza García, quién era apoyado por Gerónimo Treviño y el ex- ministro de guerra Francisco Naranjo.

El informe de la situación imperante que envió Bernardo Reyes a Porfirio Díaz, facilitó a éste los argumentos para justificar ante el senado la necesidad -a juicio de Daniel Cosío Villegas- de arrebatar el poder político al más fuerte cacicazgo regional que quedaba en pie en todo el país [3].

Una vez que se logró el objetivo inicial de Díaz, correspondió a Reyes imponer el respeto hacia la autoridad central representada en su persona. Los poderes públicos estatales fueron desaparecidos por completo a través de un decreto que emitió el senado, designándose en consecuencia a Reyes como gobernador provisional. Desde ese entonces -a excepción del paréntesis del gobierno de Lázaro Garza Ayala (1887 - 1889) se había hecho cargo del poder ejecutivo estatal ampliando los horizontes de su influencia no sólo hacia los estados circunvecinos, sino también hacia fibras sensibles de la sociedad mexicana como lo eran los burócratas, las logias masónicas y el ejército.

Sin embargo, ahora, en 1909, tenía que cubrir la dolorosa formalidad de pedir al congreso local un permiso para separarse temporalmente del poder. Asimismo, aceptó un duro golpe en su orgullo, al entregar el cargo a un viejo subordinado de Treviño, el general José María Mier.La respuesta del congreso el 24 de octubre de 1909, agilizó el cauce y precipitó los acontecimientos. Se amparó en la licencia indefinida recientemente otorgada y viajó de incógnito a la ciudad de México. El 26 reapareció en la casa de su hijo Rodolfo, en la colonia Santa María. Sin perder un solo instante se presentó ante el presidente de la república.

Díaz no dió más rodeos. Lo obligó a aceptar una comisión gubernamental en Europa con el objeto de elaborar un "Proyecto de ley de reclutamiento para el servicio militar obligatorio".

Al segundo día de su estancia en México, la ciudad fue informada de su presencia. Los restos de lo que hacía unos meses representaron la fuerza del movimiento reyista, volvieron a brotar por las arterias de la gran ciudad en incontenibles manifestaciones a su favor bajo el símbolo del "clavel rojo"*. Precisamente éste era el verdadero motivo por el cual Reyes abandonaba el campo político.

---

* Símbolo distintivo de los partidarios reyistas utilizado sobre la solapa del lado izquierdo.

B) El cacicazgo Treviño-Naranjo

A principios de 1909 y ante la proximidad de las elecciones, la oposición a la reelección del candidato oficial a la vicepresidencia -Ramón Corral- centró su atención en el gobernador norteño. El éxito que obtuvo como mandatario estatal, y la excelente impresión que sembró entre los años de 1900-1902 cuando ocupó la cartera de ministro de Guerra y Marina, desencadenó una fuerza frenética por parte de sus simpatizantes coordinados por los clubes reyistas en todo el país. En consecuencia, ésto empezó a preocupar al grupo de los "científicos", que\ apoyaban al candidato oficial.

Paralelamente, el anciano presidente, celoso por la creciente popularidad que alcanzó Reyes en los últimos meses, empezó una ardua labor de hostigamiento. En agosto del mismo año, el gobierno del centro jugó su carta más fuerte. El viejo divisionario y ex-ministro de Guerra de setenta y tres años, Gerónimo Treviño, fue arrancado de la oscuridad pública y designado jefe de la Tercera Zona Militar con sede en Monterrey. A pesar de aceptar "sin entusiasmo y casi con indiferencia" [4] el nuevo nombramiento, no desaprovechó la posibilidad, que siempre ansió, de destrozar el poder de Reyes, a través del control del ejército que volvía a sus manos después de casi 25 años.

Originario de la hacienda "La Escondida", municipio de Cadereyta, Nuevo León, y al igual que los generales nuevoleoneses que tanta gloria recabaron en las guerras de Reforma e Intervención -como lo fueron Mariano Escobedo, Francisco Naranjo, Lázaro Garza Ayala y el capitán Nicolás Gorostieta- inició su carrera militar en contra de las incursiones de los indios "bárbaros" en el noreste de México[5].

Primero en su lucha contra el salvaje y posteriormente en las guerras de Reforma y contra el Imperio, Gerónimo Treviño era uno más de los excelentes jinetes que surgieron en las praderas norteñas. Su hoja de servicio lo recuerda como uno de los artífices del contudente ejército del Norte comandado por Mariano Escobedo. El cual se derramó desde la frontera noreste para arrollar materialmente a su paso hacia la capital toda oposición intervencionista. El mismo que engulló a los ejércitos republicanos del Centro y Occidente en marzo de 1867, para desembocar en el acorralamiento, sitio y aniquilamiento en Querétaro del emperador Maximiliano dos meses después.

Al triunfo de la República, él y Francisco Naranjo dominaron el panorama político y militar en la región. Al ser gobernador en tres ocasiones de

1867 a 1871, acaudilló la rebelión de La Noria este último año, para acabar amnistiado al año siguiente por el presidente Sebastián Lerdo de Tejada. De nuevo, al apoyar a Díaz en una nueva revuelta llamada de Tuxtepec en 1876, Treviño es derrotado inicialmente -al lado del futuro dictador- en Icamole, Nuevo León, para finalmente triunfar y hacerse cargo de la gloriosa División del Norte alguna vez comandada por Escobedo. Este último, al ser ministro de Guerra en el efímero gabinete de Lerdo, tuvo que desterrarse a Nueva York.

En 1880 logró hacerse cargo de la Secretaría de Guerra y Marina, desocupándola al año siguiente para regresar de nuevo como jefe de Zona en el norte. Comisionado por Díaz para pacificar el noreste, realizó un convenio para abatir el bandolerismo rural con el general Ord, encargado de las fuerzas militares del otro lado de la frontera. Casado Treviño en segundas nupcias con la hija del general Ord, Bertha Augusta, logró reafirmar su poderío en este lejano rincón del país. Al morir repentinamente esta última, contrajo matrimonio por tercera ocasión con un miembro de una de las familias más respetadas y ricas de Monterrey, María Guadalupe Zambrano.

Como organizador por parte del gobierno de la compañía *Deslindadora de Terrenos Baldíos*, su contacto con la alta burguesía citadina se estrechó aún más. A la vez que amasó inmensas propiedades rurales en Coahuila y Nuevo León -territorio arrebatado al bárbaro-, derramó importantes inversiones en infinidad de compañías mineras, hasta llegar incluso a ser uno de los accionistas fundadores del Banco Mercantil de Monterrey en 1899. Pero sus ambiciones políticas iban a la par con su espíritu aventurero dentro del mundo de los negocios.

Cuando Gerónimo Treviño era ministro de Guerra y un potente hacendado norteño, llegó a plantear al mismo presidente Manuel González su interés por la máxima investidura. Figura política de primera línea, hizo cumplir un pequeño capricho personal. En 1883, el mismo Porfirio Díaz visitó repentinamente por siete días a Monterrey con el solo objeto de apadrinarle un hijo suyo.

Por otra parte, los tentáculos del círculo Treviño-Naranjo empezaron a extenderse para capturar puntos estratégicos dentro del panorama político-militar nacional. En 1882 otro nativo del estado, el divisionario Francisco Naranjo, amigo y compañero de armas de Treviño en la lucha contra el indio y en las subsiguientes guerras intestinas, fue nombrado Ministro de Guerra y Marina por el presidente Manuel González.

Porfirio Díaz, consciente de la hegemonía que podían haber alcanzado los pupilos de Escobedo, mandó maniatar el caciquismo a través de su procónsul Bernardo Reyes, quien con toda eficacia lo sometió limpiamente hasta ese agosto de 1909.

C) Resurgimiento político de Treviño

La decisión que tomó el anciano dictador se volvió un arma de dos filos. El regresarle la autoridad militar perdida a Treviño, con el solo objeto de amedrentar a Reyes para hacerlo desistir de su aparente interés por la vicepresidencia, significó equilibrar con exagerada precisión una balanza cuyo fracaso desembocaría en funestas consecuencias.

En base a la recuperación de la confianza perdida, el cacique de "La Escondida" empezó a erosionar los cimientos de un régimen local agobiante para toda oposición en los últimos veinticinco años. El interés de Treviño por rehacerse como el principal hombre de respeto en la entidad -y en todo el noreste-, no tardó en encontrar el camino más efectivo: su poder se acrecentaría conforme la figura de Reyes tendiera a debilitarse. Su primera maniobra como jefe de Zona lo evidenció.

Aprovechando la estadía del jaliciense en el municipio de Galeana -200 kilométros al sur de la capital- sustituyó la oficialidad militar reyista por personal de su confianza[6]. Una vez que obtuvo el rígido control del ejército, marchó intempestivamente a México a solicitud de Díaz, para regresar a Monterrey vía Saltillo con precisas instrucciones verbales.

La entrevista Díaz-Treviño se desarrolló bajo un ambiente tenso. El cacique norteño puso las cartas sobre la mesa. Si quería Díaz y el grupo "científico" desgastar la presencia nacional de Reyes, la libertad de maniobra para Treviño en el lejano noreste, se volvía una concesión esencial del gobierno central como parte del plan de hostigamiento político dirigido al procónsul. A corto plazo era una solución viable, pero entregarle a Treviño el absoluto control del ejército del norte era como firmar un aplazamiento en la ejecución de una sentencia de muerte dirigida al régimen. Díaz lo tomó en cuenta y se la jugó [7].

Un año más tarde, Treviño se volvió uno de los principales promotores de la insurrección que derrocó al dictador. El líder de ella y futuro sucesor de Díaz era nada menos que un sobrino de Treviño: Francisco I. Madero

Treviño regresó satisfecho de la plática sostenida en México. Pero no esperó llegar a Monterrey para empezar a consolidar su poder fuera de Nuevo León. A su paso por la ciudad de Saltillo, el gobernador coahuilense Miguel Cárdenas -íntimo amigo de Reyes- fue requerido por Treviño en el *pullman* en que éste último viajaba. Al reconstruir el encuentro entre ambos personajes en base a declaraciones hechas posteriormente por el mismo Miguel Cárdenas, Treviño se comportó como el dictador que nunca llegó a ser. "Sin inmutarse en ningún momento" -comentó Cárdenas- el jefe militar "colocó sobre su mesa la renuncia" a la gubernatura, a la vez que ordenó a Cárdenas imperativamente "golpeando con su puño derecho sobre la hoja tamaño oficio" la firma requerida[8]. Días después, la legislatura de Coahuila nombraba nuevo sucesor.

A fines del mismo mes de agosto de 1909, buena parte de la ciudad de Monterrey era devastada por la catástrofe natural más trágica jamás registrada: el desbordamiento del río Santa Catarina arrasó la parte sur de la ciudad para cobrar cerca de cinco mil muertos[9] . El 2 de septiembre, estupefacto ante la noticia, "el atrincherado de Galeana"[10] emprendió por la serranía el regreso a caballo a la capital.

Este último suceso fue la gota que derramó el vaso. Lleno de hostigamientos, intrigas e injurias emanadas desde el poder central, el 3 de septiembre escribió un telegrama a López Portillo y Rojas donde anunció categóricamente su renuncia a la candidatura para la vicepresidencia. Este hecho desanimó por completo a sus seguidores. Diez días después, culminando su efímera actividad a través de un "manifiesto a la nación", se dió por disuelto el Comité Central Reyista en el país.

Hasta aquí el capítulo referente al fenómeno reyista parecía haber terminado. Su corta estancia en México, en octubre de 1909, volvió a reanimar las pasiones en estado de reflujo. Saliendo entre los vítores de sus partidarios frente a la casa de su hijo Rodolfo, logró llegar a la estación del ferrocarril para transportarse a Monterrey. El 5 de noviembre salía definitivamente de esta última ciudad con rumbo a Europa, vía Nueva York.

Sin embargo, los ánimos se encontraban encendidos. La sucesión presidencial a verificarse en 1910 hacía converger todos los factores de descontento en un haz de rayos tremendo. Buena parte de los que conformaron el ya decadente movimiento reyista, darían decididamente

su apoyo político a un hombre de pequeña estatura e influencia dentro del panorama nacional.

Originario de San Pedro de las Colonias, Coahuila, era portador de una larga tradición familiar basada en el comercio, a pesar de que en los últimos veinte años las inversiones de la familia Madero se habían volcado materialmente en el sector financiero e industrial de Monterrey.

LA BURGUESIA REGIOMONTANA RECIBE UN NUEVO GOBERNADOR

A) El sentimiento antirreyista urbano

En 1909 la transferencia del poder en la entidad no presentó en absoluto ningún contratiempo. El primero de noviembre tomó posesión como gobernador interino el general José María Mier, quien no había ocupado ningún cargo político o militar en su estado natal desde 1878, y en apariencia se encontraba desligado de todo grupo político local en pugna desde el momento en que era enviado desde México. Pero la fidelidad a Treviño durante su mandato no fue más que el resultado de una larga historia.

Oriundo del mismo terruño, el municipio de Cadereyta, María Mier se unió a la asonada tuxtepecana como jefe del Estado Mayor del general Treviño en la División del Norte. Los dos años siguientes al triunfo de la revuelta, los dedicó a constantes campañas de pacificación contra toda sublevación en la entidad. Una vez eliminadas las voces de oposición en el noreste, se le requirió por la Secretaría de Guerra en otras partes de la república. El general Mier ocupó diversos cargos durante el perpetuo régimen antes de llegar a ser, en 1903, subsecretario de la misma dependencia [11].

A su llegada, en noviembre de 1909, pudo advertir a través de la ventanilla de su camarote la dimensión espacial adquirida últimamente por la capital estatal. En efecto, el impresionante crecimiento demográfico en los últimos treinta años fue una consecuencia directa de la prosperidad y del desarrollo económico en que se vió inmersa la ciudad.

Mientras que al principio de la década del 80 del siglo pasado poseía 35 mil habitantes, el censo de 1910 arrojaría la cifra de 81 mil individuos citadinos. Colocando a Monterrey como la cuarta urbe de mayor población en el país, después de la ciudad de México[12].

El municipio regiomontano -que acaparó en 1910 el 23.3% de la población de la entidad-, rápidamente incrementó sus fondos públicos y superó a los manejados por el mismo estado. Por lo que no era extraño que el impuesto federal arrancado a la capital nuevoleonesa -el cual representaba en 1881 apenas 70 mil pesos al año-, aumentara casi, al finalizar el siglo XIX, a más de 90 mil mensuales[13].

Pero si bien el desarrollo económico impulsado durante la paz porfirista tuvo su apoyo gubernamental en el procónsul, aquél se hubiera retrasado si los viejos caciques, que se relegaron al olvido, no hubieran dado carpetazo final a la guerra contra el bárbaro el mismo año en que llegó el jalisciense a la región. El problema era ancestral, desde los fallidos intentos de fundación de la propia ciudad a partir de la segunda mitad del siglo XVI, hasta el año de 1881 en que el gobernador Viviano L. Villarreal todavía lamentaba la situación de la ganadería en los municipios norteños, por el continuo "azote de los bárbaros" quienes sembraban "muerte y desolación" en sus constantes correrías[14].

El general María Mier lo sabía y él más que nadie reconocía la injusticia de la que fue objeto el cacique que mayores glorias obtuvo en la conformación de la entidad norteña. Su lealtad a Treviño no se la ocultó ni al mismo presidente.

Unas semanas antes de ser nombrado gobernador a petición de Treviño, tuvo la oportunidad de conversar informalmente con Díaz. Cuando el presidente le preguntó su opinión sobre la dudosa situación política en Nuevo León, María Mier se limitó a manifestar su respeto al gobierno central. Pero la advertencia fue clara : si Gerónimo Treviño osara rebelarse "puede Ud. -comentó- ordenar que se me aprehenda y se me fusile" [15].

El nuevo mandatario, de 63 años de edad, se hizo de inmediato popular al impulsar la supresión absoluta de los juegos de azar, los cuales se habían desarrollado en proporciones alarmantes al amparo del anterior gobernante[16]. Estos centros de vicio constantemente acarreaban problemas tales como escaramuzas, disparos y heridos en el centro de la ciudad. El cierre por decreto de la mayoría de ellos tuvo tal efecto en la población que tendió a nutrir el sentimiento antirreyista urbano.

Otro problema inmediato por resolver fueron las elecciones municipales que anualmente y cada segundo domingo de noviembre se llevaban a cabo en la entidad. El rígido control sobre el proceso electoral impuesto por Reyes, no llegó a ser más que una simple formalidad, sin ningún

poder de decisión por parte de un importante sector de la sociedad con derecho al voto. La lista oficial de candidatos era preparada de antemano por las autoridades salientes para su posterior aprobación. Esta maquinaria política funcionó a la perfección por casi 25 años, se alimentó esencialmente por elementos de la clase media urbana en el caso de Monterrey y por potentes hacendados en el ámbito rural.

Pero en noviembre de 1909, se notó "una agitación política como hacía años no se había visto" [17] con motivo de la nueva situación imperante. Esto favoreció a unas elecciones menos controladas y más abiertas, desde el momento en que la prensa dio cobertura a los "nuevos hombres" [18] que se presentaron a participar en la contienda pública. El resultado de esta apertura por parte de la administración estatal fue la pérdida política , para el partido oficial, del municipio de Lampazos. El ayuntamiento oposicionista que encabezó el comerciante Celso Canales fue respetado durante toda su gestión[19] .

El mismo Francisco I. Madero reconoció la figura de María Mier y pensó en él como un candidato de "transacción" hacia el nuevo régimen. En carta escrita desde San Pedro de las Colonias el 23 de febrero de 1910 a Juan Sánchez Azcona, director de *México Nuevo* en la capital, reitero la conveniencia de no dirigir ataques por parte de este periódico a tan distinguido "demócrata, pues en Nuevo León -decía- dejó libertad para las elecciones municipales"[20] .

Por otra parte, la alcaldía de Monterrey la obtuvo un rico comerciante e industrial, fundador en 1883 de la "Cámara Nacional de Comercio de Monterrey": Ildefonso Zambrano, curiosamente cuñado de Treviño.

B) "La aristocracia de la ciudad"

La familia Zambrano era una de las más respetadas en los altos círculos sociales, pero sobre todo una de las más añejas. El historiador Mario Cerutti comenta al respecto: "El gestor de esta poderosa familia fue Gregorio Zambrano, que dejó a su muerte, en 1873, una casa comercial en marcha con ramificaciones en la industria (sobre todo textil), la minería y la explotación de tierras. Tuvo nueve hijos: entre ellos emergieron como sólidos empresarios Eduardo, Emilio, Onofre, Ildefonso y Adolfo, muchas veces asociados entre sí y otras en forma individual" [21].

Gregorio Zambrano aparece en Monterrey desde 1852 como uno de los más ricos comerciantes radicados en esta tormentosa región. Impulsor

de la industria textil en la entidad, funda en 1854 en unión con Mariano Hernández, Valentín Rivero y Pedro Calderón -prósperos comerciantes fronterizos- la fábrica *La Fama* de Nuevo León con un capital inicial de 75 mil pesos[22] .

Diecisiete años más tarde estructura otra sociedad civil -al lado de Valentín Rivero- llamada *El Porvenir*, asociado con sus hijos Eduardo y Emilio bajo la firma *Zambrano Hnos. y Cía.*[23]. Ligados por estrechos lazos con otras prestigiadas familias de la urbe, los Zambrano contaban para el año de 1905 con una participación tan diversificada en la economía como lo muestran las acciones que poseían: treinta y ocho compañías mineras, ocho industrias -en los ramos de fundición, siderurgia, textil, azúcar, vidrio, cartón, ladrillera y editorial-, tres casas bancarias, dos compañías de transporte ferroviario urbano en Monterrey, dos compañías de espectáculos, una empresa periodística y una compañía deslindadora en Tamaulipas[24] .

El poderío de los descendientes de Gregorio Zambrano era solamente una muestra de la compleja maraña de negocios regenteados por un número circunscrito de familias. Los Zambrano se articularon en más de una ocasión con los Armendaiz, Belden, Calderón-Muguerza, Ferrara, Hernández-Mendirichaga,Madero,Milmo,Rivero y Sada-Muguerza-Garza, entre otros [25].

Hombres de negocios cuyo perfil burgués era mucho más definido en comparación con sus similares en algunas otras partes de la república, poseían un objetivo común: reproducir y ampliar sus fortunas representadas por mercancías y dinero. Esta burguesía se puede considerar como productiva -y no totalmente especulativa- desde el punto de vista capitalista, porque invierte y se apropia de los medios de producción de mercancías en escala.

Para el año del estallido revolucionario, la burguesía industrial regiomontana se nos presenta unida y coherente, consciente de su poder. Estas familias, cuya levita obscura es de rigor, acaparan holgadamente casi el 95% de la producción industrial que se da en Monterrey y área circunvecina. La persistencia de los apellidos, sus estrechas alianzas empresariales y nupciales, e incluso la cerrazón como clase, por decirlo así, a fines de siglo, nos ayuda a delimitar con mayor precisión los contornos de la misma.

Llamada por la población de la época la "aristocracia de la ciudad"[26] representa escasamente un núcleo de no más de 200 miembros, para

constituir evidentemente una oligarquía de aproximadamente el 0.3% del total de la población citadina de Monterrey. Sustituir el papel de la nobleza existente en otros países le da aún más peso: el que le confiere la tradición. El hábito de vida llevado a cabo por ella -fuertemente influenciado por el norteamericano-, constituye el modelo de imitación del nuevo rico surgido tanto a fines del porfiriato -un ejemplo son los Salinas y Rocha-, como en el mismo transcurso del período revolucionario.

Sin embargo, a diferencia de lo que sucede en otras partes del país, ésta "élite" burguesa estaba constituida esencialmente por empresarios industriales, que monopolizaban también las actividades relacionadas con las finanzas, el comercio y en ocasiones la tierra.

Pero esta radiografía corresponde sólo a una parte de la burguesía que se aprovecha del desarrollo capitalista, de la que es el motor, y ocupa un lugar en las esferas dirigentes. Subsiste otra burguesía más tradicional, lejos de los humos de las fábricas -y de nuestro estudio-, en tranquilos y pequeños poblados lejos de la capital, que vive de las rentas y se mantiene en contacto con el mundo rural sin embarcarse en audaces empresas.

PROGRESO ECONOMICO Y PODER POLITICO. 1890-1910

El despegue del capitalismo industrial en Monterrey a partir de 1890 modifica profundamente el funcionamiento de un sistema económico donde la industria se afirma como el sector dominante del futuro, al imponer su ritmo de crecimiento y fluctuación y modificar también una sociedad donde la burguesía -que comparte el poder político al lado de la vieja burocracia porfiriana- se reafirma cada vez más como clase dominante.

Entre los años de 1890 y 1910 quedó fundada la industria básica de la ciudad, provocando una verdadera revolución a juicio de Vizcaya Canales. En el número relativamente considerable de factores que determinan el depegue industrial, se encuentran esencialmente dos: el primero consiste en la demostración de solidez que proyectó el mercado interior mexicano articulándose en buena medida con el mercado de allende el Bravo; y el segundo estaría condicionado por la política socio-económica nacional del régimen liberal de Díaz e implementada en esta región por el benemérito general Bernardo Reyes.

Monterrey fue atravesado entre 1882 y 1891 en sus cuatro costados por la sutura del ferrocarril. Quedó conectado hacia uno de los mercados más vigorosos del planeta, por las vías a los poblados fronterizos de Piedras Negras y Laredo. Esta accesibilidad hacia el norte, aunada a las facilidades aduaneras norteamericanas de la época, permitieron cubrir parte importante de la demanda de metales industriales no ferrosos generada en el mercado de Estados Unidos. La salida al mar giró hacia el puerto de Tampico. Al mismo tiempo y en dirección opuesta se comunicó con algunas plazas del occidente mexicano. En agosto de 1888 el tendido ferroviario hacia la capital de la república, vía Saltillo-San Luis Potosí, quedó concluído definitivamente[27]. Entre los hombres de empresas que celebraron estos jugosos contratos se encontraron el general Treviño, Emeterio de la Garza y el coronel J.A. Robertson, siendo este último uno de los ejemplos más convincentes, en este período, del arribo sistemático del capital estadounidense[28].

La metamorfosis de la estructura productiva hacia el dinamismo industrial se respaldó y auspició por el poder gubernamental. La legislación estatal aseguró a toda aquella empresa que fuera considerada de "utilidad pública" importantes exenciones de impuestos -estatales y municipales-, facilidades en ubicación y accesibilidad a los servicios públicos,[29] etcétera.

Los capitales previamente acumulados a través de diversos modos como: durante la guerra civil norteamericana -1861-1865-; el contrabando -el cual recibió un golpe mortal en 1870 con la ley federal de contraresguardo-; y finalmente la especulación, apropiación y relativa explotación de la tierra, convergieron aventureramente para embarcarse en uno de los progresos jamás imaginados.

En el año de 1910, la oligarquía regia demostró su capacidad empresarial en los fríos números divulgados por la administración pública. Solamente las dos más grandes fábricas de la metalúrgia básica, aunada a la siderurgica más impresionante de América Latina -asentadas todas en Monterrey-, generaron valores por 30 millones 400 mil pesos frente a los 5 millones 700 mil arrojados por el sector agrícola estatal[30]. Rosenzweig indica que en 1902 Nuevo León era el estado que producía mayor porcentaje de valores en el país (desde el punto de vista industrial) con un 13.5%, superando el 11.7% y el 11.2% producidos por el Distrito Federal y el estado de México respectivamente[31].

Esta burguesía industrial, tuvo la oportunidad de demostrar su agradecimiento y su suntuosidad al presidente Porfirio Díaz en diciembre